

sia romana todos los caracteres de la de Jesucristo; es apostólica, es católica, es una . . . está firme sobre todos sus puntos capitales; lo mismo hállase hoy, que ayer, que hace diez y nueve siglos. . . .—

Interrumpió este ardoroso discurso mistress Needle:—Déjame reflexionar un poco: tú me ahogas y envuelves; creo que te confundes además á tí mismo.—Después, volviendo á pensar un poco, como quien se acuerda de algo ansiosamente inquirido, respondió:—Puesto que quieres que sea tu juez, déjame que juzgue con toda comodidad. . . . No quiero contender contigo, porque tienes en la cabeza todas las sutilezas de las escuelas; soy mujer y no estudié nunca en Cambridge. Piénsalo muy despacio: si te parece que nuestro Salvador ha dotado á su Iglesia de una infalible autoridad, está bien; si opinas que es propiamente la Romana, tanto mejor. . . . La nuestra, después de todo, es únicamente la de Roma purgada y reformada. Por ello deberías creer en su infalibilidad mucho más firmemente sin duda que en la de la romana. ¿Qué precisión tienes de pasar de una á la otra? Deberías más bien, si hubieras nacido católico, hacerte anglicano.

—¡Oh!, madre mía! ¿Qué decís? exclamó

John. ¡Si supiéseis cuánto he batallado conmigo propio para componerme semejante sueño! Cien y mil veces he procurado persuadirme de que, como dicen los puseistas la Iglesia cristiana es un gran cuerpo del cual son miembros ó partes integrantes las iglesias anglicana, rusa, griega, etc. Más el hermoso sueño vuela de manera inexorable y se desvanece. ¿Cómo quereis que declare á nuestra iglesia particular miembro de la universal, cuando la veo con mis ojos por tierra, á guisa de tronco cortado y podrido? Sobre no tener ya Obispos que desciendan del Episcopado católico, está en pugna declarada con el universo cristiano, al que contradice y por el cual esta contradicha en los dogmas más esenciales; nuestra iglesia sepárase de la romana especialmente, porque su símbolo de treinta y nueve artículos reniega absolutamente de la jurisdicción del Pontífice sobre la iglesia inglesa, condenando á la romana por herética (1), como por herética la condena la de Roma. ¿E imagináis que la Iglesia anglicana es un miembro curado de la universal?

—¿No podría existir una unión oculta,

(1) Artículos XIX y XXXVII.

sin embargo de las excomuniones recíprocas?

—De ningún modo, respondió John: ¿qué oculta unión podemos nosotros fantasear, separándonos en la esencia de la fe, y jurando, como juran al ordenarse nuestros pretendidos diáconos, sacerdotes y Obispos, repeler toda jurisdicción religiosa fuera de Inglaterra, reconociendo, por el contrario, la supremacía del Rey (1)? Sabeis como en la realidad la ejerce el Rey ó la Reina? La excelente señora, que todos amamos por ser buena madre, buena esposa y buena soberana, cree tener derecho á crear nuevas diócesis, y á suprimir las antiguas, á deshacer ó hacer Obispos, á conferirles la jurisdicción, á decidir las cuestiones sobre la fe, sobre la necesidad y el valor de los sacramentos, sobre la predicación, sobre la disciplina eclesiástica y sobre el ritual. Toda la iglesia anglicana depende de ella y de las leyes de su Parlamento. ¿No se trata, por tanto, de una iglesia independiente de todas las demás, dividida y cortada, establecida y gobernada por legos?

[1] *The book of the Common Prayer*, en los ritos para las oraciones.

¿Qué unión puede tener con la Iglesia universal? Ninguna; existe, por el contrario, enemistad abierta. ¿Y me aconsejaríais que en la Reina y en su Parlamento buscara la infalibilidad prometida por Jesucristo á su Iglesia? Ellos mismos me responderían, con el artículo XIX, que no poseen infalibilidad alguna, como también que la Iglesia y los Concilios son falibles. Tengo cien razones semejantes para rechazar todas las iglesias parecidas, como la rusa, las orientales, etc., etc; tengo, por añadidura, otras cien para buscar en la romana el faro luminoso de la verdad permanente. . . .

—Basta, basta, dijo interrumpiéndole su madre, un poco irritada por no saber qué objetar en contrario; se te ha puesto en la cabeza declararte papista, y está dicho todo. Tendrás tú por Maestro infalible al obispo de Roma, y yo á los de Inglaterra: tú las tradiciones de los hombres, y la palabra de Dios yo.

—No, no, madre mia, mil veces no, dijo John interrumpiéndola también. No renuncio á la palabra divina, aceptándola toda, por el contrario, segun está depositada en la Iglesia de Jesucristo. Ya que, gracias á vos, desde pequeño aprendí á creerla, estoy

constreñido á reconocer el magisterio infalible de la Iglesia. Leo en la Biblia, que poneis en mi mano, las palabras de Jesucristo: "Fundaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. . . . Si alguno no escuchare á la Iglesia, tenlo por infiel y pecador. . . . La Iglesia es la casa de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad" ¿Podía decirme más abiertamente nuestro bendito Redentor que su Iglesia no yerra? Deduzco por la razón que siendo divinamente instituida, debe subsistir tanto como la sociedad de los hombres, para cuya salud es indispensable. Y lo corrobora la Biblia: "Hé aquí que yo (Jesucristo) estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos. . . . Yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito para que permanezca eternamente con vosotros, Espíritu de verdad." ¿Dónde se halla, pregunto yo? ¿Quién me designa la Iglesia por Jesucristo establecida y perpetuada sobre la tierra? Abro el Evangelio nuevamente, y leo: "Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia." Y dando: la única Iglesia fundada sobre Pedro es la romana: las otras están fundadas sobre Lutero, Calvino, Enrique VIII, Zwinglio, Schwedenborg, Smith, Wuesley,

Fox etc. ¡Léjos de mí todas estas! Adhiérome á la fundada sobre Pedro.

—Más los errores. . . .

—Examinado he todos los errores de la Iglesia romana, repuso John fogosamente, y sólo he hallado las calumnias de los protestantes. . . . Su enseñanza se confronta perfectamente con la Biblia. Si en ésta me pareciese deforme algún dogma, creería que me equivocaba yo al entenderlo, y no la Iglesia infalible al enseñarlo. Creédlo, madre mía, lo que más me repugnaba en la Iglesia católica era la infalibilidad atribuida á su Jefe. Esta es ahora la que más me atrae, y me resuelve, y me arrastra. Ya me decía el buen sentido que el maestro de una sociedad infalible no debía ni podía ser falible, porque de otra manera hubiese podido inducir á error; después la Biblia auxilió al buen sentido, y, á quedarme alguna duda, hubiera sido desvanecida por la palabra de Dios. La Biblia realmente preséntame á Pedro como fundamento de la sociedad cristiana, y árbitro soberano para gobernarla. "Te daré le dijo el Redentor, las llaves del reino de los cielos; todo lo que atares sobre la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cie-

lo." ¿Podía el Hijo de Dios publicar con más amplia fórmula la jurisdicción de Pedro? Sin embargo, aún la determina mejor con sus famosas palabras: "Apacienta mis corderos y apacienta mis ovejas." Y con aquellas otras: "Tú ¡oh Pedro! cuando te hayas convertido, confirma á tus hermanos." ¿Por qué se recomiendan á Pedro tan graves oficios? Por ser inquebrantable su fe. "Por tí ¡oh Pedro! he rogado para que nunca falte tu fe." Por consiguiente, concluyo diciendo, por la divina voluntad, Pedro es el fundamento de la Iglesia, es su Pastor, tiene las llaves del cielo y de la tierra, su fe nunca vacilará, los Obispos y el pueblo aprenderán de él la suya incorruptible. Así habla el Evangelio, y así lo creo yo, dijo entonces el joven, demostrando su propósito inquebrantable.—

Descubría su madre claramente cuan inútil era oponerse á la resolución de su hijo, y dejaba pasar el torrente de sus frases, cuyo sentido dejaba en su espíritu profunda huella. No podía desconocer que John obraba con juicio y conciencia, sobre todo al sacar la última conclusión siguiente.—Este tesoro de prerogativas otorgadas á Pedro, no debía morir con él, no: si es perpétua la sociedad de Jesucris-

to, perpétuamente debía durar la constitución de su Iglesia. Por lo tanto, sobrevive á Pedro su oficio. Realmente toda la Iglesia saludó en el inmediato sucesor de Pedro al sucesor en sus derechos; desde su tiempo hasta nosotros, bien se puede decir que vive Pedro en los que le han sucedido en el episcopado de Roma; Pio IX es el Pedro de nuestros días; como él, fundamento de la Iglesia, como él, árbitro de las llaves, Pastor universal y confirmador de los hermanos; como él, tiene la certidumbre de que nunca vacilará su fe. Así habla el buen sentido de diez y nueve siglos. Así lo creo, y así lo creeré hasta la muerte. . . Madre mía, si uno de estos días me voy, será señal de haber ido á una casa religiosa, con el fin de volver católico. Entre tanto podreis tomar las determinaciones que juzgueis oportunas. . . . Nunca, empero, podreis decir que obré á la ligera.—

Calló entonces John. Callaba también su madre, oprimida por una pena indescribible. Hacía más de un año que juzgaba posible esta catástrofe; en los últimos meses había creído resignarse á ella como á inevitable desventura, y sin embargo, al oírse la anunciar como inminente, quedó herida por una consternación profunda, y tapóse

la cara con el pañuelo, á fin de ocultar las lágrimas que salían de sus ojos, y principalmente de su corazón. Su hijo estaba sentado junto á ella con las manos juntas y apoyadas en sus rodillas, mirando en el suelo, y esperando siempre una respuesta. No lloraba; más cuando su madre, con una voz que más bien parecía un gemido, díjole: "Haz lo que quieras; no puedo impedir tu perdición." sintió el eco del dolor maternal, y casi á punto de llorar respondió: "No hago lo que quiero, sino lo que dicta mi conciencia." Al decir esto abrazó á su madre y al darla un beso se halló cubierto con sus lágrimas. Retiróse sin añadir palabra.

LXX.

MELANCOLIA.

Un velo fúnebre pareció extenderse sobre la familia Needle después de la declaración del joven; asemejábase la casa á un sepulero. Ninguna comunión de ideas, aparte las relaciones necesarias que corrían cortésimas y heladísimas como entre forasteros. Languidecían todas las conversaciones relativas á las novedades corrientes, porque el espíritu de la Needle constantemente se absorbía en su dolor. De religión ni una palabra se oía; nadie osaba ni hacer la menor indicación de cerca ó de lejos; la señora, para no enconar la herida;